

numero

23 y 24

Buenos Aires

SI, SI; NO, NO

Diciembre 1931

20 Cts.

LA PRENSA Y EL MUNDO

Y no sé qué imprecación más dura echar a aquel que huyendo la paz y quietud santa se deleita con esta inquietud curiosa, sino que tenga siempre lo que anda buscando. — San Bernardo.

Llamamos prensa moderna al resultado característico de esa profusa actividad editorial de nuestros días, con que los ricos fomentan en el pueblo tres bajezas intelectuales: el apetito de sucesos, imagen de la dispersión del espíritu; el amor a lo pintoresco, forma inferior del amor a lo bello, y la vulgarización filosófica y científica, levadura de agnosticismo y de soberbia.

En el hombre moderno, el apetito de sucesos no está movido por amor, no tiene al discernimiento de lo cierto, de lo bello y lo bueno para ponerse de su parte. Este hombre, separado de Dios, renegado de la gracia por la ilusión de su propia suficiencia, sufre en su espíritu algo así como un movimiento de despecho que lo empuja a buscar los consuelos que empiezan y terminan, a distraer su nostalgia del Edén con el rumor, la actividad y el espectáculo de la política terrestre. Con la satisfacción de ese apetito el individuo se incorpora al vasto y mínimo mundo de los hechos: de ese modo consigue un sentimiento de universalidad espeso y barato que lo consuela de su real aislamiento.

A fuerza de saber lo que ocurre en el mundo de las apariencias, ha olvidado su propia realidad, y envuelto en el torbellino de los cambios, los nacimientos y las muertes, se desentiende de su alma que es inmortal e intransferible. Lleva un signo interior que hace muy fácil distinguirlo y por el cual se ve que sobreabunda en nuestros días: es la "inquietud curiosa" de que habla San Bernardo. Los grandes editores y las grandes empresas de turismo han descubierto en ella un negocio considerable.

Un mediano rentista londinense me hizo el relato de su viaje a la China, costosísimo y lleno de peripecias. Daba todos sus gastos y penurias por bien recompensados, pues había podido comprobar "sobre el terreno" que, cuando dos chinos se encuentran en la calle y reconocen, entréganse de inmediato a un juego mímico que entre nosotros podría ser de repulsa o despedida. No había tenido otro objeto su viaje. Y eso, que a muchos dió a entender que el inglés era un hombre simple y pintoresco, a mí me dijo, simplemente, que aquel hombre no era católico.

La única comprobación que merece asombrar a un viajero es la que consiste en reconocer la propia humanidad en la persona de un antípoda. Un hombre ante otro hombre es siempre una coincidencia milagrosa, llena de auténtico misterio. Pero, a condición de que ambos sepan que su prójimo es la mejor de las criaturas carnales; no un objeto de curiosidad, sino de admiración. Y esto último, en el mismo sentido en que una obra de arte es admirable: en el sentido de *que ha sido hecha*.

El atractivo de lo pintoresco hace que entre la "buena sociedad" y en los "centros obreros de cultura" haya gente informada de las costumbres de ciertas tribus del Senegal o de Guinea, pero que ignora concienzudamente el origen, la conveniencia y toda otra explicación de una costumbre muy arraigada entre ciertos vecinos de su barrio: la costumbre de colmulgar.

SUMARIO

NÚMERO: Itinerario. — ANTONIO VALLEJO: La prensa y el mundo. — CÉSAR E. PICO: Syllabus. — JACOBO FIJMAN: Edipo Rey y la Sinfonía de los Salmos. — LUIS GUILLERMO MARTÍNEZ VILLADA: Discurso. — DIMAS ANTUÑA y JUAN ANTONIO: Calix. — RODOLFO MARTÍNEZ ESPINOSA: Caminos de unidad. — CARLOS MENDIÓROZ: Exposiciones. — J. H. ATTWELL DE VEYGA: La gesta del Santo Grial. — DOCUMENTACIÓN DE NÚMERO: Almanaque. — Dibujos y grabados de JUAN ANTONIO, J. A. BALLESTER PEÑA, RUTH SCHAUAMANN y VILLARD DE HONNECOURT. — Fotografías de obras de un primitivo francés y de JOSÉ A. DÍAZ SOTO.



En las escuelas laicas, el pueblo sólo aprende a leer y a entender los "magazines" y los diarios, a deleitarse con la literatura periodística. Ese silencio alrededor del nombre de Dios, ese anticipo temporal de la privación de Dios en el infierno, prepara al alumno de la prensa moderna; al hombre que huye de sí mismo hacia sí mismo, mientras viaja en tren o espera su turno ante el barbero; al pobre esclavo de su muerte a quien sorprenderá la última hora sin que haya aprendido lo único que importa saber.

Engendro de la riqueza dominadora que todo lo pervierte, el periodismo favorece entre los pobres el desarrollo de los vicios del rico. En otra época mejor el hombre rico se alegraba con el espectáculo de la pobreza devota y festiva. Hoy los ricos distraen a los pobres poniendo a bajo precio todas las vanidades. Tiempo hubo en que la pobreza, raíz de la perfección, era imitada por el rico. Hoy la vida del pobre es en muchas ciudades modernas una parodia vulgar de la vida del poderoso.

El progreso mecánico, vulgarizado por el capital, y la vulgarización que el periodismo ha hecho de la cultura materialista desvían el anhelo de perfección espiritual, que germina en la pobreza, que sólo en ella puede crecer, hacia esa caricatura de perfección que se cumple con el regalo de los sentidos, en la plenitud de la materia.

El periodista falsea la íntima realidad de todo lo que toca; porque habla del valor como un cobarde, de la muerte como un sepulturero, de la ciencia como un profesor, de la política como un político, de los crímenes como un criminal: habla del mundo como un hombre de mundo. Su especialidad consiste en abarcar todas las especialidades y a todo se refiere sin el conocimiento, pero con la despiadada limitación de un especialista.

Las virtudes intelectuales y morales del periodista son virtudes según el mundo. De ahí que los periódicos se distingan tan sólo por la diversidad de los errores que defienden. Y cuando un cúmulo de circunstancias muy extrañas favorece el nacimiento de un periódico que combate por la verdad (tal como ocurre a veces con la "prensa católica"), esa verdad es defendida en el estilo periodístico y mundano, es decir, con mentiras.

Los diarios sirven al lector la crónica diaria del mundo. Lo cual podría ser muy saludable si en el estilo de esa crónica no apareciera el mundo como último fin. Porque el diablo tiene un modo popular de disponer en su provecho al hombre caído. Trata de hacer que considere su propia imperfección como una condición normal e inconvertible, y así el hombre no

aspire a otro equilibrio que al estado de paz con las leyes del mundo. Pero este mundo, bastándose a sí mismo, sólo consiga legislar los intereses de la materia.

Las tres concupiscencias que decía San Juan no sólo pesan y destruyen en lo oscuro del alma. En nuestros días salen a la atmósfera pública expresamente declaradas y señorean sobre el pueblo. A todas auxilia el periodismo, de todas cuida, a todas adula y reviste ese agente locuaz y oficioso; pero prefiere la soberbia de la vida, porque de ella proviene y en ella prevalecen su autoridad y su dominio.

Antonio Vallejo

SYLLABUS

El alcance de las condenaciones formuladas por la Iglesia respecto a diversos errores se limita al sentido estricto de las proposiciones juzgadas. Fácilmente se comprende que, más allá del sentido gramatical, se dilata todo un territorio capaz de censura eclesiástica, sobre todo cuanto más se aproxima a los límites vedados. Trátase de una aproximación espiritual, no obstante la índole espacial de la metáfora. Hay, en efecto, muchísimas desviaciones mentales cuya heterodoxia latente sólo se manifiesta cuando se traduce en el lenguaje preciso propio del conocimiento discursivo, y si el anatema formulado en términos estrictos deja un resquicio a la libertad del error, ello se debe, especialmente, a esa incoercibilidad — respecto a la razón humana — que ofrece todo cuanto excede la delimitación analítica de nuestras nociones abstractas. La razón y la intuición intelectual son inconmensurables. Aquella se expresa adecuadamente en el lenguaje mientras ésta es inenarrable.

Así se explica, también, el caso inverso, a saber, la posibilidad de que ciertas proposiciones puedan resistir al análisis discriminante de la lógica y se salven de una condenación expresa, a pesar de que traduzcan un espíritu antitradicional decididamente incompatible con la plenitud de la inteligencia y de la vida católicas. Plenitud decimos para recalcar nuestra intención. Porque del prudente silencio de la Iglesia — fácilmente comprensible aún desde el punto de vista de la incapacidad conceptual — muchos pretenden justificar sus deleznable innovaciones. Ahora bien: la aparente compatibilidad de estas últimas con la doctrina total de la Iglesia procede de la forzosa reducción que padece la Verdad cuando se expresa en el lenguaje discursivo; de donde resulta que, a fuerza de considerar con imprudente exclusividad esta suerte de *minimum doctrinario*, se acaba por rebajar su magnífica grandeza. Así se ha llegado en los tiempos modernos a minimizar el contenido de la Revelación cristiana.

Es un hecho incontrovertible que son en la actualidad muchísimos los cristianos que han adquirido una actitud mental característica de nuestra civilización moderna y cuyas fuentes emponzoñadas habría que discernir en esa involución de la cultura que los hindúes denominan *kali yuga*, es decir, edad sombría.

La esperanza de una restauración cristiana aparece entonces vinculada — dentro del orden instrumental de la acción — a un retorno hacia la espiritualidad integral de la vida católica, gravemente com-

prometida por una actitud mental racionalista y naturalista infiltrada subrepticamente en las desviaciones morales y sentimentales de la piedad contemporánea, así como en el utilitarismo práctico de la pro-
fana, y que representan, inclusive, las consecuencias externas de ciertas doctrinas teológicas y filosóficas de estirpe y origen específicamente modernos.

Después de esta breve introducción, destinada a precisar nuestro pensamiento, resumiremos en una serie de proposiciones, a nuestro parecer, indiscutiblemente equivocadas, un proyecto de *Syllabus* donde estaría contenido lo que hay de esencial en la decadencia moderna, aún dentro de la libertad concedida hasta ahora por la Iglesia, pero que dista muchísimo de acomodarse, en espíritu, al esplendor tradicional que conoció la Edad Media. Advertimos que muchos de los errores puntualizados en nuestro proyecto han sido rechazados por los más eminentes teólogos de la Iglesia. Denotan, como decíamos, una contaminación con el espíritu satánico de la civilización moderna, a pesar de que dicha contaminación sea, en ciertos casos, poco accesible a la mirada analítica de la mentalidad exclusivamente lógica o discursiva.

He aquí, proyectado, el índice de proposiciones erróneas:

1º — Se debe separar la teología ascética de la mística, en el sentido de ver en esta última, no ya en lo que se refiere a ciertas gracias extraordinarias, sino en la esencia misma de la purificación pasiva y de la contemplación infusa, un camino excepcional clasificable dentro de las gracias *gratis datae*, y que no representa en sí misma el término normal de la perfección cristiana.

2º — Se puede sostener alguna compatibilidad entre el espíritu mundano, el uso desordenado de la riqueza y la aceptación de personas, con las máximas preceptivas del Evangelio.

3º — Se debe ver en la Sagrada Liturgia de la Iglesia no ya el culto conveniente y externo ofrecido oficialmente a Dios por el Cuerpo Místico, sino un simple modo ritual que no añade nada importante a las ceremonias eclesiásticas.

4º — Se puede reducir la piedad cristiana, con el pretexto de adaptarla al mayor número, a simples prácticas sentimentales o disciplinantes de la voluntad.

5º — Se puede negar o amenguar el valor primordial de la contemplación sobre la acción y afirmar que las órdenes religiosas contemplativas no tienen razón de ser en estos tiempos.

6º — Se puede y debe confiar en la eficacia de la acción cuando ésta no dimana de la superabundancia de la vida de gracia.

7º — Se puede admitir en el Acto Puro, con el fin de aclarar el misterio de la predestinación y el libre albedrío, un conocimiento condicionado a la libre voluntad del hombre.

8º — Se puede negar que la gracia es eficaz por sí misma y no por el consentimiento que la sigue.

9º — Se puede rechazar, destruyendo así la síntesis tomista, la distinción real entre esencia y existencia en los seres contingentes.

10º — Dede ponerse (dentro de la concepción hilemorfista) el fundamento intrínseco de la individuación en algo que no sea la sólo materia.

11º — El arte sagrado puede recibir inspiraciones profanas y antitradicionales

sin someterse a los cánones del antiguo *ars sacerdotalis*.

12º — Se puede sostener que las modernas ciencias fenomenistas pueden dar una visión explicativa del universo material.

13º — Debe supeditarse la exégesis tradicional a un concordismo con los métodos y resultados de las ciencias positivas.

14º — La acción católica, sobre todo en sus manifestaciones docentes, debe tratar principalmente de adaptarse al mayor número de personas.

15º — El estudio de las ciencias sagradas y de la filosofía tiene una finalidad esencialmente subordinada a la apologética.

16º — La soberanía absoluta del pueblo o de las naciones, así como el espíritu de la democracia moderna, son compatibles con las doctrinas de la Iglesia.

César E. Pico

EDIPO REY y la Sinfonía de los Salmos

El *canticum* de la milicia celeste es perfecto; y la criatura que asiste al sacrificio de la tarde abre su boca en la imitación de las jerarquías celestes. Pitágoras oía la música de las esferas. Beatus vir qui non abiit in consilio impiorum. Pero los artistas del mundo moderno se han olvidado de la gramática y de la luna. No han entrado ni en la primera morada, y a su privación del bien la han sustituido con la dialéctica sentimental o materialista. No han entrado en el templo porque ignoran la geometría, el sentido elemental de la línea recta. No saben obedecer; he aquí la razón de su imprudencia liberal. A casi todos les falta la real tradición, el temor de Dios, principio del conocimiento, vía en la cual se mueven los fieles contra el Diablo.

De pronto la inteligencia se abre bajo los cielos, y el cielo del artesano es el Amor che nella mente me ragiona.

A Igor Stravinsky la sabiduría le ha abierto la boca, y él nos ha dado un nuevo Edipo, y su argumento de la misericordia escondida en la Sinfonía de los Salmos.

El hombre viejo busca inútilmente el secreto de la obra de Stravinsky en el sentido literal de Edipo y la Sinfonía. La paz que se nos da no se abandona a los sentidos, aunque a veces la inteligencia oye en la oración el vuelo de la paloma, y canta.

¡Pobre Igor! Atado de la triple cuerda se ha desposado con la pobreza. No hace ni hay arte sobrenatural, pero oigámosle, porque acaba de salir de misa.

A la mesa del rey Edipo se sentaron Antígona e Ismena. El coro de la tragedia bien dice, pues, a los tebanos: Mirad a este Edipo. Adivinaba los enigmas. Era rey.

Así habló Sófocles, el profeta, de Edipo, prefiguración pagana de Cristo, y de la vida activa y contemplativa, de Marta y María, las huéspedes vivas de Nuestro Señor Jesucristo.

A la mesa del conocimiento de la cruz y las Letras divinas, Igor Stravinsky ha leído el secreto interior de su vida.

Un día, entre los nueve coros, en el nombre del Padre, del Hijo y el Espíritu Santo, le oiremos cantar maitines.

Jacobo Fijman

ITINERARIO

El cristiano, hecho hijo de Dios, nacido no de la sangre ni de la voluntad de la carne, encuentra la maternidad de la Iglesia y su vida, a la que accede por el "amén" sacramental, por la aceptación libre y jubilosa de su doctrina y de su disciplina. Tal es la actitud filial.

Allí comienza para el cristiano esa ruptura con el mundo que lo hace inexplicable. No puede tomar partido dentro del mundo. No puede estar con el orden del mundo contra la rebelión, porque en ese orden hay un desorden espiritual. No puede estar con la rebelión, porque no proviene del espíritu. Ante los amigos de la ciudad terrestre pasa por enemigo, porque no la adora; ante los enemigos, por amigo, porque obedece. ¿Quién entiende que el cristiano vive desterrado, pero acepta el destierro y se comporta según la caridad y la justicia?

El orden burgués se funda en el dinero. El cristiano debe padecerlo, no amarlo. Estamos sometidos a la materia, pero la materia está sometida a la Providencia y no a la prudencia. A la prudencia del hombre corresponde buscar el Reino. Por ventura para nosotros, la pobreza es una bienaventuranza. El pobre coincide típicamente con el cristiano. Y si el dinero (que no tocaron las manos de Nuestro Señor) pasa por las nuestras, la Iglesia nos consuela con la esperanza de un descanso eterno, en compañía de Lázaro "que fue pobre".

En tales condiciones la vida intelectual no es apacible. Cada progreso es una aventura hacia el misterio. Cuando la gracia llama hay un vuelco. El pobre hombre queda, como el juglar de Nuestra Señora, cabeza abajo, convertido. El mundo está para él al revés, y las cosas tienen frescura de Génesis. Pero los hombres sensatos ríen.

Al esfuerzo intelectual corresponde en otro plano el castigo del trabajo. El rey de la tierra sólo puede recoger sus frutos in laboribus. Pero el castigo aceptado en humildad es instrumento de penitencia: asegura, de otro modo, la vida. No es ese por cierto el Trabajo del mundo, convertido en ídolo por el orgullo y la violencia. Ídolo que se opone a otro ídolo, el Capital, y luchan entre sí como dos demonios del olimpo, es decir haciendo pelear a los hombres. El trabajo penitencial es una condición del cristiano. El trabajo permanente prepara, comunica y en cierto modo se confunde con la oración permanente.

La Iglesia que peregrina en la tierra es visible. Podríamos decir, sacramental, porque lo visible es signo. Pero el hombre del mundo que ve el signo no alcanza lo significado. A veces la Misericordia concede un cierto esplendor visible, y aun esa luz no pueden verla los ojos carnales: la edad media les parece sombra. El "territorio franciscano" del pacto de Letrán es la última parábola de este misterio.

La historia de las Gentes, que no ha sido abierta por los Profetas, es también invisible. Oímos las grandes palabras, y vemos los grandes gestos. Si pasa un pobre hay una confabulación de tinieblas. Un pobre atravesó el Océano trayendo a Cristo. Un

pobre que llevaba el nombre de la Paloma, dió a luz en dolor, esta parte de la Tierra. Los historiadores tiemblan al pensar que la Iglesia puede decir una palabra que desbarate todos sus papeles. Pero si la dijese, tampoco podrían oírla.

Tanta tiniebla no impide que la savia de la Iglesia circule. La comunión de los santos, invisible, se manifiesta en la jerarquía eclesiástica, visible e invisible a la vez. El sacramento del orden, como los salmos graduales va elevando la alabanza y el conocimiento. En lo más alto de la jerarquía, el Obispo, roído de la miseria de los hombres, recibe el anillo del desposorio y comienza a leer las Escrituras a los hijos.

La obediencia es la respuesta de la voluntad del hombre a su condición de hijo. Obediencia filial, que actualiza su libertad filial. Así como el hombre recibe su existencia por analogía, así su libertad. Al aceptar la voluntad de Dios, participa de la libertad de Dios, y es, en la proporción de su naturaleza, libre. La obediencia y la libertad se abrazan en la criatura, pero lo propio de la serpiente es dividir lo que Dios ha unido.

La caída, que destruyó la unidad del hombre, tiene su expresión en la muerte, que divide el alma del cuerpo. La inteligencia padece también, dividida en dos climas hostiles: el uno propio y casi inhumano, con las virtudes especulativas y el arte, el otro humano y moral, con la virtud de prudencia. Tristeza de muerte para la inteligencia, que aspira a la unidad de un vértice supremo.

Dividido el hombre, arrojado del paraíso, es una criatura de memoria y esperanza. Pero la Iglesia, madre, que lo recibe, sabe expresar sobre el acorde de la memoria y la esperanza su palabra eterna, la palabra que dice el día al día y el año al año. Memoria y esperanza eficaces, que se abrazan como la misericordia y la verdad, como la paz y la justicia; pasado y futuro intemporales, que expresan el presente; conmemoración y anuncio que velan, que revelan la Presencia en medio del Canon.

Por eso si el testimonio de los ángeles pudo fijarse en un destello, el de los hombres habita en un círculo. El año se repite por insistencia de la Misericordia. Es como si se repitiera la vida del hombre, como si se repitiera el hombre. Cada año de nuestra vida es un esbozo, un ensayo en la imitación del Modelo. Y la Iglesia nos lleva de la mano en esa contemplación circular — prima, tertia, sexta, nona, la tarde, la noche y el alba: primavera, verano, otoño e invierno — al rededor del Cordero.

Tal es el camino del hombre, y tal el camino del conocimiento del hombre. No la duda metódica sino el método de los reyes Magos: — Lumen requirunt lumine — buscar la luz en pos de la luz.

El hombre va en pos de la luz, con su pecado a cuestas, con la vida disminuida por el dolor y la muerte. Pero el que renace en el bautismo no recibe del primer

Adán sino del segundo, esa herencia de muerte y dolor. Herencia de salud: penitencia que salva la vida.

La penitencia es ascética, pero florece en plenitud de libertad. Su expresión adecuada es el silencio, que conviene a las tres partes del hombre: cuerpo, alma y espíritu. El silencio del cuerpo divide los hombres entre sí; el del alma divide el hombre dentro de sí; pero el silencio del espíritu pertenece a la vía unitiva.

La escala que va del cuerpo al espíritu se cierra en el dogma de la resurrección de la carne. El cuerpo recibirá de la plenitud del espíritu una glorificación permanente. ¿Puede darse mayor alegría "humana" que ese triunfo de lo que nos hace un poco menos que los ángeles? Pero el mundo se esfuerza por ocultarlo, y consigue que los hijos de la luz apenas lo recuerden, porque esa resurrección es en el orden celeste (lo superior asume lo inferior) en el orden de la encarnación de Cristo, y el mundo busca la gloria del cuerpo en el orden terrestre.

Bajo el cielo estrellado, peregrinos, nos detenemos a cantar. Desde el hermano viento hasta las jerarquías angélicas, soplos que van y que vienen, espíritus que se agitan y espíritus que adoran. Pero uno sólo Santo, uno sólo Señor, uno sólo Vivificante, uno sólo sopla donde quiere: sobre las aguas, sobre los Profetas, sobre la Virgen, sobre los Apóstoles (viento, voz, sombra, fuego) sobre la santa Iglesia. Uno sólo adoramos.

En tanto el mundo continúa. ¿Cómo explicar sin la peregrinación temporal de la Iglesia, la tenacidad del tiempo caduco? ¿Cómo explicar sin esa "ostentación" del presente, que es la presencia de Dios, según el misterio de la festividad del Corpus Christi, la subsistencia del mundo temporal en que la Iglesia peregrina? Peregrinación entre los misterios revelados, con el mundo a cuestas, — conducida la grey por el Pastor a la vez visible e invisible. Peregrinación con los misterios, entre forêts de symboles. Peregrinación sufrida en la penitencia de los santos. Peregrinación militante, — expuesto el rostro de la Iglesia a los insultos del desorden humano y del orden nada más que humano.

El hijo de la luz anda a tientas aunque no perdido: ¿quién puede privarle de poner su esperanza en algún objeto luminoso? Cuando esa luz, que no es la pura luz, le traiciona, comienza la desesperación de su vida. En una sola cosa — bien lo sabemos — puede poner su esperanza el hombre: la Cruz, SPES ÚNICA. Pero el mundo moderno enrarece el aire en torno a la Cruz, estorba su propagación. La Cruz ya no divide. En el rebaño de nuestras ciudades no es fácil distinguir el toro pingüe y la plebe santa: *incrassatus est dilectus*. Desesperación auténtica, por cuya catacumba, con paciencia y el consuelo de las Escrituras, vamos hacia la Esperanza.

Tal es el itinerario en el desierto que emprendieron hace dos años algunos hijos mordidos por esa desesperación. ¿Qué tuvo que ver en él Hobab? ¿Qué parte corresponde a esa ciencia inútil de los lugares áridos? Válgales por lo menos el deseo de llegar a la patria y la indignación general.

NUMERO



DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA INAUGURACION
DEL INSTITUTO SALESIANO
CLEMENTE J. VILLADA Y
CABRERA EN CORDOBA

Dejemos de lado como cosa vulgar y mundana todo elogio a los donantes de este Instituto, todo elogio a los donatarios. Hagamos más bien en breves instantes una meditación católica y argentina sobre las cosas de nuestra patria ante el espectáculo de la tierra materna.

¡Oh dulce tierra! como toda tierra ligada al hombre para el señorío y el trabajo. Contemplándote vienen al espíritu como traídas por secreto numen todas las cosas divinas y humanas que hacen a un país fuerte, noble y durable.

Lo primero el sentimiento de lo fugitivo y de lo eterno sin lo cual la realidad carece de sentido. Cambias y permaneces y en tu vida sin cesar renovada nos ofreces la imagen de la muerte y de la inmortalidad.

¡Oh dulce tierra! Gozaronse en tí mis ojos de niño, y hombre te miro con el mismo amor. Conozco tus lindes y tus pasos. Están en mis oídos tus voces y el silbo de los aires en los montes repuestos; ¡cuántas veces te contemplé en el fervor del día callada y extática! como si en aquel instante cumplieses con lo que dice la Escritura: "terra omnia sileat ante faciem Domini".

No te aman así sino los que están a tí unidos por el gozo y las lágrimas, por que en tí se ganaron el pan o porque ante tí crecieron de generación en generación. No puede amarte así el aventurero. No, él simplemente te explota, pero no te quiere, ciertamente no te quiere.

¡Oh tierra! puesto que por natural y divina disposición estás ligada tan íntimamente a la familia ejerces en ella y con ella un gran magisterio de tradición.

¿Qué fué en el pasado de este solar materno? Afanaronse en él los conquistadores y sus nietos; en el siglo XVIII tuvieron para sustento del Hospital aquellos padres belermos que en el siglo XVII fundara en Centro América un egregio varón de mi estirpe paterna el Venerable Pedro de Béthencourt, hasta que en 1855 se afincó el Dr. Villada y Cabrera que volvía de la Constituyente de Santa Fé.

Lleva este instituto un nombre auténticamente argentino que no puede tutelar ninguna extranjería ni expresa ni tácita y su cifra es como recordatoria del origen colonial y del tiempo presente. Y como signo providencial su piedra fundamental fué bendecida el día del patrono a quien Córdoba debe su vocación doctoral y hoy en la misma fiesta es bendecida su fábrica por un sucesor de Trejo.

Hemos ido enlazando aquellas cosas vitales; la tierra, la familia y la tradición sin la cual no nos conocemos ni explicamos, sin la cual no se conocerán los que nos hayan de suceder.

¿Pero, cómo podrá durar y ser fuerte nuestra tierra argentina devastada por la democracia y atropellada por el meteco insolente e invasor?

A la Constitución del 53 que nos trajo la paz no la miro como la estructura definitiva, y el problema argentino es de reconstrucción y de reconquista.

Esa reconstrucción debe hacerse con los

elementos naturales y durables y como la democracia es enemiga de lo durable hay que expulsar a la democracia y con ella al liberalismo que es su connatural aliado.

La democracia es enemiga de lo durable porque carece de inteligencia, de voluntad y de memoria.

"Está falta de inteligencia, es incapaz para la verdad, es indiferente a la verdad que ella reduce a la voluntad de las mayorías". Está falta de voluntad porque embriagada por la superstición del instinto de las multitudes ignora el origen y fin de la voluntad. Está falta de memoria porque en sus entrañas lleva un individualismo frenético y quiere que cada hombre nazca y crezca desligado de toda tradición y de todo vínculo.

Si la reconstrucción argentina debe necesariamente ser antidemocrática, ¿cuál será? La contestación es simple y terminante: la Argentina será una república de clases y de corporaciones, y espiritualmente un estado teocrático.

La fórmula es clara y hiere los centros vitales de la democracia y del liberalismo; los de la primera porque afirma que la sociedad está compuesta no de átomos individuales numerables y equivalentes sino de agrupaciones naturales; los del segundo porque afirma que el hombre ni en la sociedad doméstica ni en la sociedad política puede independizarse de la ley de Dios; porque no niega al César lo que le es debido, pero rechaza aquella interpretación maniquea y condenada por Bonifacio VIII en la bula "Unam Sanctam" de que el César es un poder no sólo distinto sino absoluto y sin subordinación a Dios.

Diré más: la vieja idea federal que fué argumento de nuestras antiguas contiendas, lejos de desvirtuarse, adquiere un nuevo sentido.

No hay federación sin realidades corporativas y no individuales federables; no

hay federación sin poder federador. Yo no puedo desarrollar esto aquí, pero diré que en la democracia el único poder federador es el poder personal, en la forma de personalismo — personalismo roquista o iriгойenista en nuestra historia política — que se traduce infaliblemente por una disminución de la autonomía y pujanza de las repúblicas naturales y humanas. Sola la estructura de clases y corporativa permitirá una realización plena de la idea federal.

La noción de poder federador está ligada a la idea reguladora. Esta regulación no puede salir de lo económico porque requiere la idea de justicia y la justicia fundada en lo económico se llama comunismo. Además lo económico, aún en sus justos límites, puede acrecentar la individualidad pero no confiere la personalidad.

La idea de justicia, sin desconocer su asequibilidad a la razón natural, hay que buscarla en el tesoro doctrinal de la Iglesia Católica. Por eso a lo menos, una construcción antidemocrática requiere necesariamente una regulación teocrática.

La Iglesia es el grande, el único poder espiritual verdaderamente federador. La acción católica tiene que optar entre dos caminos: el de la violencia espiritual intrépida que dice: no la paz sino la espada, y que conduce al triunfo, o el de los acomodos mundanos, para no asustar a los burgueses y a los ricos. Este conduce al ridículo y al desastre. La elección no es dudosa.

La Iglesia nada tiene que ver con la democracia, ni con el progreso, ni con la adaptación a los tiempos nuevos. No con la primera, porque en ella la autoridad viene de lo alto y porque las candidaturas a salvación se hacen sin cuotas; no cuenta las almas sino que las pesa; no con el progreso, porque la vida divina no lo consente; no con los tiempos nuevos, que deben encontrar en ella su norma y su juez.

Oh, Ella tiene la inteligencia porque tiene el septiforme y vivificante Espíritu; Ella una memoria eterna en la Comunión de los Santos; Ella una voluntad tendida y anhelante por la expectación del Reino.

No están desligadas estas reflexiones de la obra que hoy se inaugura. Aquí se formarán generaciones de clérigos argentinos, aquí, en estos campos aprenderán los nuestros a trabajar la tierra y a amarla.

Ya veis, reverendos padres. La munificencia os ha dado para tan nobles empleos un acrecentamiento de vuestra riqueza y poder. En cierto sentido ya tenéis el enemigo en casa. Yo pienso que sabréis defensores y cristianamente podemos asegurar que no prosperaríais si Dios no os bendijere y si os bendice es porque todavía sois la sal de la tierra. No os desvanezcáis. Yo que tengo mi amor puesto en las inmensas y típicas figuras de Benito, de Francisco y de Domingo, no dejo de comprenderos.

Pensad todos vosotros, señores, que estas reflexiones sobre las cosas de la patria hechas ante la tierra materna, por ser reflexiones de un hombre católico no van con olvido de la universalidad; no, siempre, siempre los hijos de la Iglesia tenemos que pensar con aquella caridad ecuménica y verdaderamente divina con la que el Apóstol Pablo veía las cosas del cielo y de la tierra pacificadas por la Sangre del Cordero.

Luis G. Martínez Villada



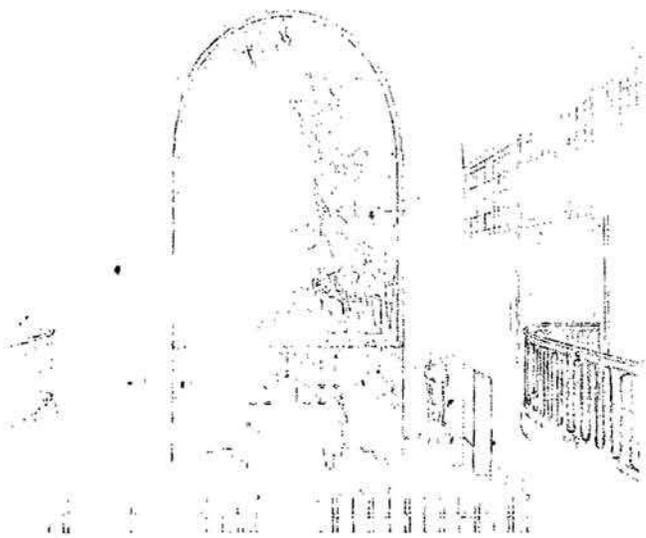
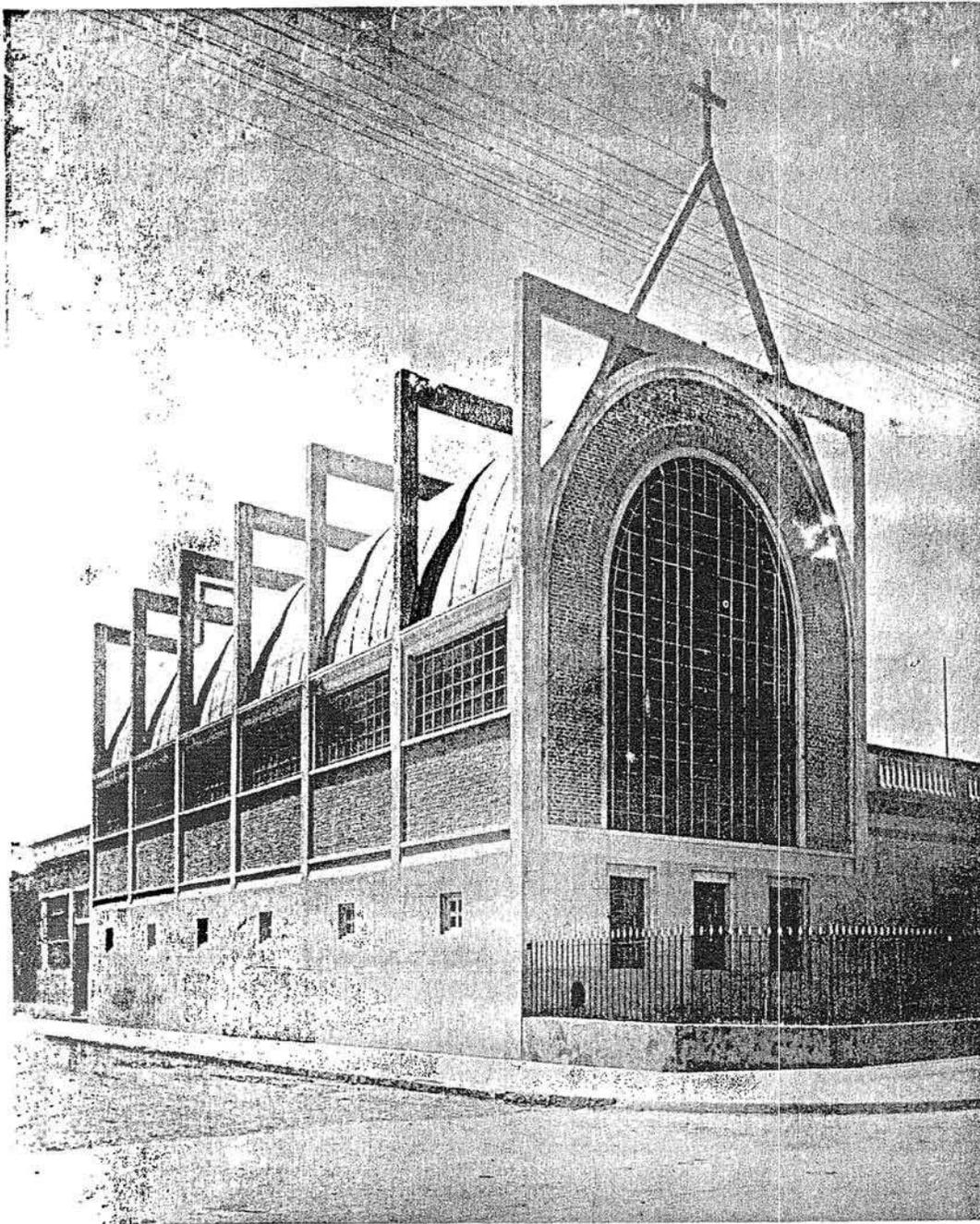
DIBUJO DE VILLARD DE HONNECOURT

LA CASA DE DIOS

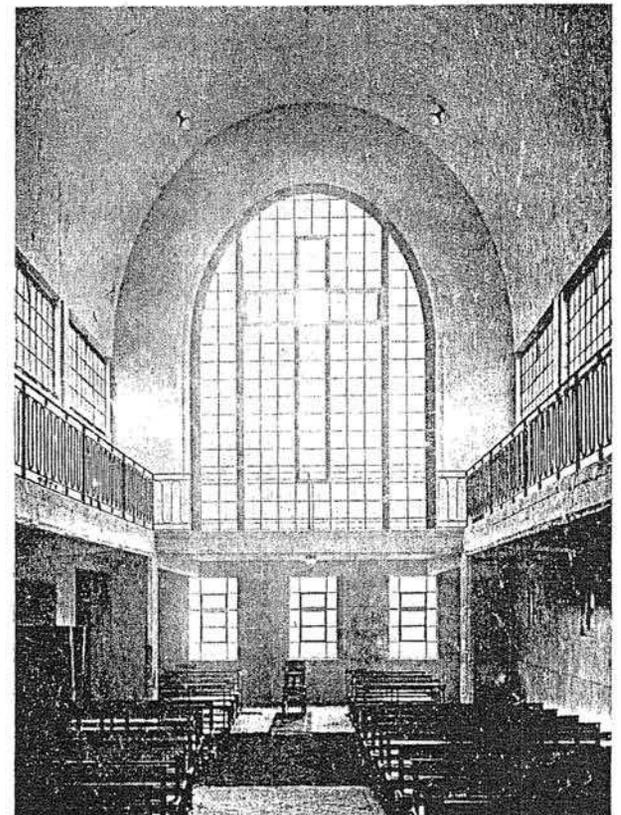
Nadie ignora que el secreto de la construcción de las iglesias está perdido o no está por lo menos al alcance del arquitecto. En tal desamparo, el artista cristiano a quien se propone la tarea *imposible* de edificar el templo de Dios, tiene que recurrir a las virtudes de arte y a las virtudes morales en grado heroico. Estrictez implacable para que la conducción artística no sea desviada por los halagos del estilo, del efecto y aun de la misma belleza sensible. Sumisión al tema, a las necesidades de la liturgia. Sustitución del respeto humano por el respeto divino. Humildad y mansedumbre.

Aceptada la vía ascética, superadas las dificultades exteriores por la mansedumbre, apta la inteligencia humilde para recibir algún indicio, el arquitecto, aun en la oscuridad, aun a falta de una tradición infalible, puede dar a la disposición de sus materiales cierta correspondencia con los sagrados números.

En la dispersión contemporánea, que ha creado el tipo monstruoso del especialista, no es fácil admitir una doctrina que exige la adhesión de la persona humana y que subordina la técnica a la expectación del espíritu. Las bellas artes, como tales, desaparecen. Se tiende un puente que va del arte del artesano a la oración del hijo de la Iglesia.



CAPILLA DE NUESTRA
SEÑORA DEL ROSARIO
EN QUILMES. CONS-
TRUIDA POR EL ARQ.
JOSE A. DIAZ SOTO



CALIX

Como el "Arbol" de la vida de Cristo, devotamente pensado por San Buenaventura (véase *Número* del mes de Julio de 1931), o la representación del "Monte Carmelo", dibujada por san Juan de la Cruz, este CALIX es un poema gráfico. Su argumento es la misa. Las cinco partes de la misa: Preparación, Instrucción, Ofertorio, Acción y Participación están representadas en él con proporción correlativa. Todo lo que se oye de la misa ha sido escrito; lo que no se oye, cifrado; lo que se vé, indicado. El CALIX debe empezarse a leer de abajo para arriba.

I. PREPARACIÓN. Está representada en los cuatro círculos del pie, donde leemos: *Introito, Kyries, Gloria*, según son cantados sucesivamente por el Coro, y luego *Colecta*, la oración solemne recitada por el pontífice y que cierra esta primera parte o Preparación.

II. INSTRUCCIÓN. Las lecciones de la Instrucción están figuradas en el pie, y, según éstas nos levantan a conocimiento de Dios, leemos en los espacios ascendentes: *Epistola*, esto es, lección de enviados (apóstol,

profeta o sabio); *Gradual, Alleluia, Prosa*, que forman la lección del Coro, y *Evangélio*, es decir, la lección evangélica a la cual conducen las otras. Las tres lecciones, la de enviados, la del Coro y la evangélica, se ajustan en el anillo del *Credo*, porque el Credo de la misa es la respuesta del pueblo que recibe en la unidad y en la integridad de la fe la luz diversa de las tres lecciones variables.

La Colecta es la conclusión de la Preparación; el Credo es la conclusión de las lecciones. La preparación es afectiva, es preparación del corazón que oye un anuncio en el Introito, y gime en los Kyries, y se goza en la Gloria, y se apacigua en la sencillez confiada de la súplica. La Instrucción se dirige a la inteligencia: primero con la voz que advierte y despierta, luego con la inspiración que ilumina y canta, luego con la voz del Hijo que nos habla "como el amigo habla con el amigo". Y oídas todas estas voces, el Credo afirma la unidad de todas ellas y responde al Señor como garantía de la fidelidad.

III. OFERTORIO. El ofertorio está cifrado en la parte superior del pie, donde ase el cáliz la mano del que va a beber. El Ofertorio es la preparación inmediata; el

momento en que se toman con la mano y se disponen las cosas santas que van a ser ofrecidas.

Leemos primero: *Ofertorio*, es decir, la antifona del Ofertorio que canta el Coro. Luego, como cuatro cascotes llevan los números 1, 2, 3, 4 y representan las cuatro oraciones que recita el sacerdote a medida que prepara y ofrece la materia del sacrificio:

- 1, Suscipe: ofrecimiento del pan.
- 2, Deus, qui humanac substantiae: mezcla del vino y el agua.
- 3, Offerimus tibi: ofrecimiento del cáliz.
- 4, In spirita humilitatis: ofrecimiento del pueblo.

Los cuatro cascotes se ajustan en un espacio en blanco que se vuelca sobre ellos representando el: *Veni, sanctificator omnipotens*, que es una invocación al Espíritu Santo sobre la materia antes dispuesta del sacrificio.

Luego hallamos un anillo con tres cifras correspondientes a los tres escrúpulos o temores del sacerdote:

- 1, Lavabo: teme estar sucio
- 2, el Suscipe que recapitula en Cristo porque teme haber olvidado algo,
- 3, Orate fratres: gesto vergonzante de quien teme estar solo.

Finalmente las *Secretas*, que determinan en cada misa una intención particular con arreglo a los misterios del día, cierran esta preparación del Ofertorio. (Este anillo de las *Secretas* debiera estar en blanco, pues no se oyen estas oraciones).

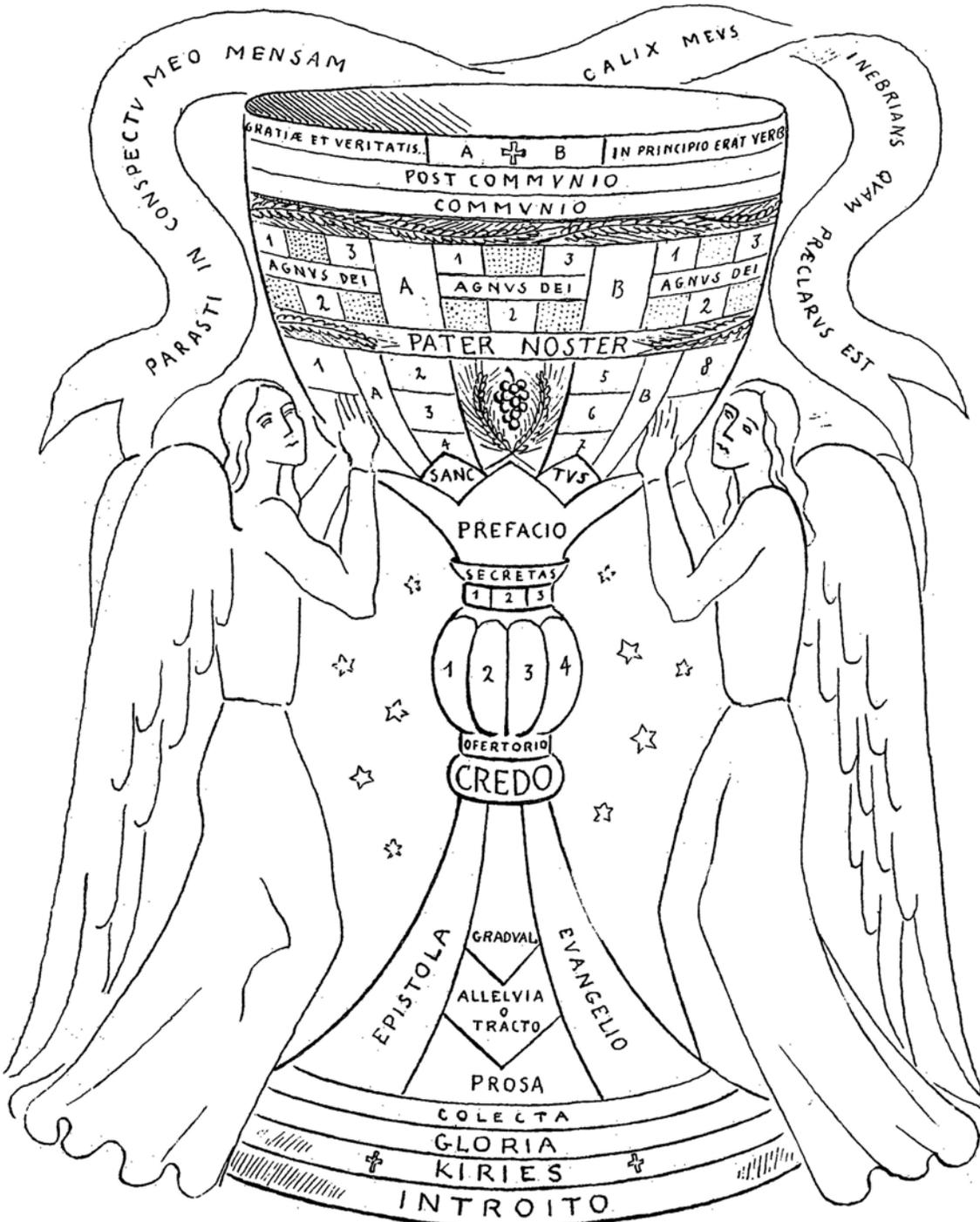
Ha terminado la triple preparación (preparación afectiva, preparación de la inteligencia, preparación material) de la misa, y, en el CALIX, las tres partes del pie que sostiene la copa. Vamos a entrar al sacrificio.

IV. ACCIÓN. El *Prefacio* o prólogo de la misa está representando claramente en el arranque de la copa; sale del pie, que converge a él, y despliega tres hojas de las que radian otras dos. Estas representan el *Sanctus*, y son dos por los dos tiempos en que se divide el canto del Sanctus.

La *Acción* está contenida en la oración pontifical de la misa, representada en el CALIX por los números 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y, según interrumpen dicha oración los *ños Mementos* (blancos A y B) y la elevación de la hostia y del cáliz simbolizada por la vid y las espigas, podemos leer:

- 1, Te igitur
- A, Memento de los vivos
- 2, Communicantes
- 3, Hanc igitur
- 4, Quam oblationes
- Espigas: Qui pridie: HOC EST ENIM CORPUS MEUM.
- & Vid: Simili modo: HIC EST ENIM CALIX SANGUINIS
- 5, Unde et memores
- 6, Supra quae propitio ac sereno vultu
- 7, Supplices te rogamus
- B, Memento de los difuntos
- 8, Nobis quoque peccatoribus

La *Acción* de la misa termina con la grandexología: por Cristo Señor nuestro, por



malaventurada de la idea de superioridad conferida por la Gracia al orden del conocimiento científico. Es cierto que tales trasposiciones, después de enterrada la Edad Media, constituyen la historia misma del Occidente y contienen la clave de su ataxia espiritual progresiva. Únicamente la humildad de Santo Tomás podía descubrir en el aristotelismo una criatura del Verbo e incorporar a la doctrina de la Iglesia, tomándola de Averroes, la teoría del "lumen gloriae".

Después de frecuentar autores y cuestiones orientales, así sea a través de las múltiples exposiciones de nuestra ciencia oficial, no se puede rehuir una primera y singular comprobación, no nueva, es cierto, pero de la mayor importancia: el hombre de Oriente posee por naturaleza la aptitud formal para la vida contemplativa. Cuanto las "virtutes mysticae" tienen de excepcional entre los occidentales lo han de disposición habitual entre los asiáticos. El error se traduce en Occidente en superstición de lo material, en Oriente de lo espiritual. Claudel, en páginas recientes, señala que la misión del Asia es conservar "la comunicación con el Origen" y advierte una idea común a todos esos pueblos: "la atención a la raíz, la aspiración a la eternidad". A este hábito corresponde, por fuerza, un acervo doctrinal de extraordinaria profundidad y riqueza especulativa.

"El buen padre Roussel", como le llama en alguna parte La Vallée - Poussin, tan buen indianista como sacerdote, maravillábase hallando en la Bhagavad-Gitá doctrina comparable a la de la Imitación y no ha vacilado en asimilar (comparaciones así abundan, por lo demás, en sus trabajos) la noción de los *avatars* vishnuitas al misterio de la Encarnación. A otros sorprende que enseñanzas como la de la inhabitación del Ser Supremo en las almas ("*Brahmapura*") o de la "moksha" (liberación del alma por su unión con el Absoluto), repercutan a tanta distancia los principios más cabales de nuestra mística. Para los doctores que creen tenerlo todo clasificado y definido estas consonancias serán prueba crucial. San Juan de la Cruz o Ruysbroeck las habrían saludado con alborozo viendo en ellas la confirmación del misterio: "*Erat lux vera quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*".

Porque no de otra manera que como real participación de la Sabiduría divina es posible considerar el conjunto de grandes ideas de que han dispuesto los Orientales desde la antigüedad más remota. En los mismos círculos sabios han quedado desacreditadas, casi definitivamente, las hipótesis de influencias mutuas que antes fueran de rigor como explicación exclusiva de las semejanzas doctrinales. Roussel y Maritain, repitiendo a De Maistre, acogen, más simplemente, la idea de una gran tradición primitiva ("revelaciones y ordenaciones primeras", dice Maritain) que se conservó parcelada y con mayor o menor pureza en todas las razas después del cataclismo espiritual de la confusión de las lenguas. En el repartimiento de dones significado por la división idiomática, ninguna duda cabe que al Oriente fué atribuida con singularidad la disposición metafísica. En cambio la cuestión había sido hasta ahora resuelta entre eruditos, creyentes o nó, en forma muy simplista. Para el P. Allo, por ejemplo, los hindúes, "desenfrenados dialécticos", no han dejado en los Upanishadas más que el fruto de especulaciones en el vacío y su "Absoluto es no otro que el de los

quietistas de todo tiempo. El indio, que vive más de sentimientos que de ideas, se ha dejado conquistar por esa metafísica de parálisis". Una opinión así, unida a la consabida objeción del panteísmo que condena sin apelación y por su base toda la tradición hindú, permite desinteresarse de ella sin mayor trabajo. En cuanto a los orientalistas oficiales su posición es más disparatada; consideran buena parte de los escritos tradicionales como pueriles juegos de imaginación, sin dejar de consagrarles vidas enteras de estudio; testigos los "cuarenta años de indianismo" del gran August Barth y los equivalentes de Emilio Senart, que se ha inmolado para lograr una fiel versión de la Chândogya casi sin comprender su significado y suponiendo que todos sus sentidos son determinados "por la tendencia a jugar con las palabras o a dejarse conducir por ellas".

Consentido el punto innegable del predominio de las supersticiones en Asia, sobre todo en la de hoy (¡y cuánto no debe deplorarse algo parecido en tierras cristianas!) y las variaciones históricas inevitables en la exterioridad de la vida religiosa, debe reconocerse que el fondo espiritual de las creencias se distingue en esas razas por su impresionante fijeza y la extraordinaria elevación de su teología. La noción, para nosotros esencial, del Ser puro, del Ser en sí, considerada como constitutivo formal de la naturaleza divina, es la definición misma de *Atmá*, principio y sostén de todas las cosas y estados del ser, en su actualidad permanente. Pero el Principio Supremo es concebido como *Brahma* que es "sin dualidad" y trascendente al Ser; esta es la famosa doctrina de la "adwaita" o "no dualidad". ¿Podré decir que en ella la intuición de prodigiosos contemplativos ha tratado de considerar la Deidad en su eminencia total, en la tiniebla de su indistinción absoluta? Recordemos que, según nuestros teólogos, la Deidad en su "qué", quiditativamente, es naturalmente incognoscible y que ella es "prior ante et omnibus differentiis ejus", que si ella contiene formalmente al ser, la unidad y la bondad, les es empero superior y que "por eso puede identificarlos en su eminencia sin destruirlos". Aún cuando para explicar o discernir el sentido de estas concepciones debería más bien apelarse a los pasajes más controvertidos de la mística ortodoxa, como aquellos en que Ruysbroeck habla de la "unidad superesencial del espíritu, en cuanto fecunda, donde el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre y todas las criaturas en ellos. Y esto es por sobre la distinción personal; porque no se considera aquí paternidad y filiación, en la viva fecundidad de la naturaleza, sino por distinción

de razón", o este: "En el abismo sin fondo de la más simple bienaventuranza, no se nombra al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo, ni a criatura alguna, sino a una sola esencia que es la substancia misma de las personas divinas. Allí estamos todos reunidos aun antes de ser creados; es nuestra superesencia".

La "adwaita", sin embargo, ha merecido los honores del anatema por panteísmo, no obstante declaraciones como ésta del Bhagavad en la gitá: "Todos los seres están en mí y yo no estoy en ellos. Mi ser soporta todos los seres y, sin estar en ellos, ellos existen por él".

Estas distinciones de Ser puro y de Principio Supremo, o sea, como queda dicho, el que comprende al ser y a lo que está más allá del ser, constituyen los temas fundamentales de las dos grandes escuelas "vishnava" y "shaiva", de Ramanuja (sig. XII) y Shankara (sig. IX), a las que se refiere en último término toda la teología (o metafísica, como quiere Guénon) vedanta. Determinados aspectos del pensamiento shankariano nos hacen pensar en lo que sería una teología del Espíritu Santo desarrollada según las intuiciones de Bloy, con lo que dejo indicado el interés que pueden ofrecer a muchos. Pero lo singular es que toda escuela reposa, allá, en cuanto a ambos fundamentos doctrinales, en las más antiguas tradiciones arias, de suerte que la crítica debe recurrir a incalculables malabarismos para explicar cómo, del subsuelo de creencias groseramente animistas, ha podido surgir y desenvolverse, sin repudiar tampoco los cuatro textos clásicos del estrecho ritualismo primitivo antes bien fundándose en ellos, toda una teoría de la Realidad absoluta que, según confesión de Shopenhauer, es la obra del pensamiento humano llevado desde el primer vuelo, a los límites mismos de lo inteligible. Hasta el momento la gran explicación en curso entre los hipercríticos es ésta: "Panteísmo, congénito en el Ario en general y en el hindú en particular; audacia especulativa y tradición clerical; estos son los polos entre los que oscilará hasta el fin la India religiosa". Pero La Vallée - Poussin, un católico, prefiere preguntarse si el espíritu hindú no posee una categoría que falta en el nuestro.

Si es cierto, como pretende un moderno expositor de la Ciencia Sagrada, que aun allí donde podría pensarse en paralelismos exactos, el oriental (por cierto, el iniciado) pone el acento en el conocimiento al paso que el católico piensa en ascensiones en la caridad, ese mismo predominio de lo intelectual hace más valioso un conjunto doctrinal en que tan inmenso desarrollo han alcanzado los conceptos relativos al Ser supremo y al misterio de la creación y reintegración de las cosas. Si la Iglesia fuera de nuevo enriquecida con genios como Alberto el Grande y Santo Tomás, estos habrán de utilizar los principios ya dados de una sabiduría que, en cuanto contenga de verdadero, es *propter electos*, para la síntesis futura y ansiada del pensamiento cristiano. Y quién sabe si, dada la condición de los tiempos que se avecinan, la reaparición de los poderes taumáturgicos y proféticos en la Iglesia (predicha por Solovief) no será conexas a la adquisición de una metafísica adecuadamente dotada para más honda penetración de los misterios del ser. En ese caso el saber conservado por milenarias iniciaciones vendría a integrarse dentro de la sabiduría cristiana.



XILOGRAFIA DE RUTH SCHAUMANN

R. Martínez Espinosa

EXPOSICIONES

Estamos en la época del catálogo, de las muestras. Va pasando por suerte el frenesí del arte oficial, que es artificial, pero estamos en otro extremo: la gente duda de lo que hace y expone sus obras para que el montón opine y se deslumbre. Se mira las vidrieras para aceptar o rechazar: posición poco sincera que elimina casi la obra desinteresada y el juicio cierto. El sufragio universal ha reemplazado también aquí, el valor real por la *opinión*. El Giotto sufriría en esta época.

Se ha inaugurado en París la Exposición Colonial de Arquitectura. Las revistas, mercaderes del arte, se han encargado de desparramar por el mundo las imágenes de estas obras erigidas a plazo fijo por decreto. Lo cual autoriza a que en el mundo entero se opine de su valor.

Art et Decoration hace en su número de agosto de este año una presentación de la feria colonial y establece que su arquitectura puede ser clasificada — oh Eupalinos — en tres géneros: creaciones originales, interpretaciones estilizadas de construcciones regionales y reconstrucciones exactas. De los tres, sólo el primero puede interesar como arquitectura. Las reconstrucciones tienen un interés de curiosidad, y si están bien hechas, de estudio. Se requiere paciencia y una absoluta falta de sensibilidad para ocuparse de tal cosa. En cuanto a las "interpretaciones estilizadas", constituyen la más despreciable enfermedad contemporánea: el *estilo*. Nada se libra de este bacilo infecundo y contagioso, que nació allá por los años del "renacimiento". Por su culpa hace siglos que la humanidad come sus propios despojos, y está anémica. Gente hábil, de alma seca y gustos refinados tiene a su alcance "lo mejor de cada estilo", y deslumbra a los burgueses con esa treta. Pero es mejor no hablar ya de esto.

Pocos pabellones entran en la categoría de creaciones originales. Pocos y malos. Se nota en ellas una de las dos tendencias en que ha quedado desnivelado el mundo después de la desviación secular que sufrió. La reacción, violenta, provocó un equilibrio inestable: algunos arquitectos han quedado fijados a la novedad, y otros no se despojan del cepo académico: academismo moderno peor que el llamado *clásico* porque es más limitado y menos brillante.

La Exposición Colonial nos da un ejemplo de esto último. Los pabellones "modernos", tratan, cada uno, de ser una afirmación de independencia, y sólo son de impotencia. Muestran el parentesco, aunque diluido, con los expositores del año 1925, que iniciaron en Francia el proceso de putrefacción. Ellos fueron en realidad los bastardos de la nueva arquitectura: creadores de la arquitectura decorativa, calmante para tanto escandalizado.

Naturalmente, no faltan los recuadros, los frisos, las bóvedas escalonadas. La Puerta de Honor inicia la serie con sus caprichosas aletas (ahora ya no interesan los caprichos), y la inútil división de su masa en cuatro partes. El Pabellón de Informaciones ostenta sobre su fachada discreta, una cúpula escalonada en la que se cansa con sus rayos y sus planos bruscos. Se nota demasiado que el deseo de agradar continúa la serie de las aletas. El interior sin comprometerse, propio de un vendedor de perfumes. Esto es decoración, como también la proporcionada mole del Pala-

cio de la Sección Metropolitana, cuyo interior no corresponde a su aspecto. Pero donde triunfa la decadencia de los arquitectos de Francia, es en la Capilla de las Misiones, el monumento "le mieux présenté", al decir de Mr. Pierre Courthion. Su fachada es fea, desproporcionada, miedosa. La puerta de entrada, pesada, erizada de techitos semi-japoneses: absurda. La "assez belle tour" es lo peor del conjunto, mezcla de reminiscencias orientales y de lugares comunes "modernos".

¿Es esto lo que se esperaba? Mejor sería evitar estas explosiones de mal gusto que son las Exposiciones monstruo. Sevilla y Barcelona hace poco, y París el año 1925 y ahora, sobran para poner en guardia contra las ferias. No es difícil que la degeneración de la arquitectura de hierro de comienzos del siglo se haya debido a esa fiebre que cundió por el mundo, esa fiebre expositora que en Buenos Aires dejó señales de su paso. Hay que desconfiar

siempre de exposiciones públicas: tienen algo de fiambrería. Además prima en ellas la voluntad de cubrir un terreno, una sala o una pared con obras que muchas veces nada tienen que hacer una al lado de la otra. Es provocar artificialmente la atención del espectador común, que visita una exposición para divertirse. La obra de arte desinteresada y espontánea desaparece.

Esa tristeza nos deja la Exposición. Y otra más: la visión de la decadencia de Francia. Hay derecho a exigir a Francia la inteligente solución de muchas cosas. Perret, Tony Garnier, Le Corbusier, bajaron allí e hicieron arquitectura. Fué un empujón que libraba a los arquitectos franceses de luchar en una búsqueda sacrificada. Pero éstos prefieren, ya se vé, languidecer entre el engrudo de una falsa tradición: Francia paga su pecado académico, que es una forma de pecar contra el espíritu.

Carlos Mendióroz



Apunte de J. A. Ballester Peña

LA GESTA DEL SANTO GRIAL

Wagner nos ha impedido conocer el Santo Grial.

Ni la riqueza multiforme de la leyenda, ni su intensidad dramática, ni la depuración moral que se procura al oponer un caballero ejemplar a los que deshonran la dignidad de la espada, "no son más que campana que retiñe", si no se ve la proyección infinita de los símbolos que encierra, si no se bebe el vino de vida que mana de ese Vaso. El músico, tan poderoso como el Tentador cuando se viste de ángel de luz, nos quitó ese vino de inteligencia y salud, para darnos el suyo.

El santo Cáliz no es sólo una preciosa reliquia, conservada — como blasón, como totem, o como gustéis — por una orden caballeresco-religiosa con liturgia propia, que no conoce a Roma, y que, en la bruma indecisa donde la razón se abandona a la embriaguez voluptuosa de lo lejano y de lo fantástico, suscita hazañas heroicas y raras, en las que vence, por la sola pureza de su corazón, más fuerte que las armas, un caballero casto, sencillo, infantil, que rompió los hechizos, logra gozar la vista del Grial — vedada a los impuros —, liberta y cura como por arte de magia.

No: ni Parsifal o Galaad vencen los hechizos y peligros en fuerza de una pureza natural y selvática, mantenida, por ejemplo, por el recuerdo de la madre y una vaga pero invencible inclinación al bien, ni la gran reliquia de la Cena del Señor es un mero pretexto, como podría serlo cualquier otro elemento religioso o mágico, para destacar y premiar el triunfo de esa pureza sobre los demás fuerzas impuras de la tierra. Si sólo se tratase de una lucha de la luz y las tinieblas, en sentido maldita o maniqueo; o entre el hombre sencillo de la naturaleza primitiva y el manchado por la civilización; o entre un tipo suave y dulce de superhombre que intenta ser una parodia del Cristo (tipo tan caro a los laicos sentimentales del siglo XIX) y los groseros bípedos "que hociquean el cieno de la tierra", el Santo Grial no tendría nada que hacer en la fábula de su Gesta. Lejos de ser su núcleo esencial, sería una profanación el incluirlo en la misma, por más que con ello se quiera adornar una religiosidad nebulosa y emotiva.

El ciclo auténtico de las leyendas del Grial, entre las que se destaca el manuscrito de la Abadía de Salisbury de Maitre Gautier Map, dado a conocer por Albert Pauphilet, nos la presenta como un poema todo divino, cuyo protagonista es el Grial mismo, y en que la ortodoxia juega con los símbolos con esa encantadora facilidad de los espíritus medievales muy avezados al trato con lo sobrenatural.

Esos caballeros de la Tabla Redonda que abandonan al Rey Arturo y todos los halagos de su tierra, para lanzarse a saciar su curiosidad por el Grial que derrama sabrosas viandas sobre la mesa, y ver de cerca ese divino Vaso, ¿qué son sino almas de bautizados, que atraídas por toques de la Gracia, dejan las cosas de la tierra, y corren tras el Altísimo, en demanda de su visión? De esa visión más sabrosa y nutricia que todos los manjares.

En esta gesta grande del espíritu, superior a las cruzadas terrenales, cuanto con más claridad se logre ver el Grial, más

se acercará el enamorado de Dios al estado unitivo. Y los buenos y malos cristianos de Camaalot — incluso el impuro Lanzarote — "lux mundi" a la vez que pecadores, movidos por los prodigios que les envió el "beau doux père Jésus-Christ", dejan al señor terrenal, revestidos de todas las armas de que habló San Pablo, para conquistar con violencia de enemigos y de sí mismos, la Jerusalem celestial.

Lejos de la Bretaña natal, en un reino al que no se llega por ningún camino conocido de los mortales, se levanta el castillo que unos llaman Corbenic, y otros Monsalvat: Mons Salvacionis. (¿Recordáis que Salomón supo del espléndido castillo de la Sabiduría, el de las siete columnas, el templo de la Hermosura Soberrana?). Allí tiene su sede, su culto extraño, su historia, sus vasallos, y sus tierras, el Santo Grial. Esa copa y plato a la vez, de la última Cena del Señor, fué cuidadosamente conservado por el "tercer Joseph", de quien tan bellamente habló San Buenaventura en sus Meditaciones de la Vida de Cristo. ¿Quién nos asegura que no haya sido Joseph de Arimatea, "el gentil caballero que descolgó de la Cruz el cuerpo del Señor y fué el primer guardián del Grial y de la lanza de Longino", el dueño de la casa donde el Maestro celebró su última Pascua, y de la mesa de plata que le sirvió de altar? ¿Y que uno de los Doce le consagrara Obispo en la tierra, como la crónica dice que lo es en el cielo?

Pero el sucesor de tan alto varón, el Rey de Corbenic (Roi Méhaigné, o Rey Pescador, a Amfortas) ha violado el voto de castidad que su orden religioso-caballeresca le imponía, y su reino, privado del príncipe en Gracia, divorciado de la infinita Belleza, sufre todas las calamidades que las naciones del mundo experimentan en iguales condiciones.

El Rey pecador no puede curar de sus heridas, ni devolver a sus tierras y vasallos la fecundidad y la alegría, ni calmar la cólera del Señor, hasta que llegue el Caballero puro, el Libertador, símbolo del Mesías.

De ese Mesías que es todo cristiano perfecto, todo santo en quien Cristo vive, en quien Cristo renace por la Gracia, para que la criatura que lo contiene siembre la Buena Nueva en el alma de sus hermanos.

Que el caballero perfecto, o sea el santo, tenga en la tradición medioeval ese carácter mesiánico de Esperado y de Libertador, no se sigue, como algunos templarios y anglicanistas han pretendido, que sea él el Mesías de una nueva ética caballeresca, que vendría a substituir a Jesús de Nazareth, más carpintero que milite. Ni tampoco que el culto del Grial, fundado por un piadoso caballero — al estilo de Eneas por ejemplo — reemplace al de la Iglesia universal y única, fundado por y sobre Pedro. Ceguedad de ceguedades, si hubo política en eso. Interés de ignorar, por interés de falsear las Escrituras y la Tradición, si hubo herejía. ¿Vale la pena demostrar que, sin apartarse un ápice de la ortodoxia, admite la leyenda que el tercer Joseph, Obispo o figuradamente Angel, fué depositario de muchos de esos misterios que el Aguila de Patmos declaró no había sitio en el mundo para los libros en que se escribiesen? Describe San Buenaventura con qué amor y compasión por Nuestra Señora entregó el de Arimatea los clavos de la Cruz a Juan; y sin duda que el nuevo hijo de Nuestra Señora no dejaría de retribuir ese obsequio con más de un rayo de luz de la altísima doctrina.

Y después de la expectación antigua del Mesías, cuando ya el Verbo se había hecho carne y habitó entre los hombres y éstos vieron su gloria, ¿por qué no había de esperar la humanidad que entre tantos pecadores apareciesen, siquiera fuera de cuando en cuando, hombres cuya vida fuese plenamente conforme con lo que el Verbo enseñó? ¿Acaso no seguimos esperando que aparezca en cada ciudad un justo por lo menos que la salve?

Sea Parsifal o Perceval, sea Galaad o Sir Galahad, sean los dos y otros más caballeros los que alcancen la meta, hay un héroe que descuella en ese mesianismo de que se halla impregnado el ciclo heroico del Grial. Pero ¿cómo cumple su misión? Como mortal lleno de hambre y sed de justicia, creciente en virtudes y en experiencia del bien, mas no exento de flaquezas, y hasta de ceguedad en el momento decisivo. Sus virtudes están figuradas en sus dos espadas. Pero no las adquiere simultáneamente. Cuando el héroe no tiene sino una, su gesta fracasa. Con las dos, triunfa.

¡Y qué espadas! Don Alfonso el Sabio, asaz entendido en estas cosas, dice que los sabios antiguos pusieron en la espada el compendio de las cuatro virtudes cardinales. La empuñadura dice prudencia, el pomo fuerza, la guarnición templanza, y la hoja justicia. Con estas virtudes se integra el buen caballero terrenal, mas el caballero de Dios requiere también las teológicas, incluso en la otra espada, la de la Iglesia. "Señor, tenemos dos espadas", dijo Pedro; y Cristo respondió: "Satis est" Es bastante con tenerlo todo. Cuatro virtudes y tres virtudes, son siete; siete es la plenitud. Cuatro es el número de la creación, tres el del Creador. Quien posee ambos números lo puede todo. Cuando el héroe posea la plenitud, podrá ver cara a cara al místico Vaso de la Vida; por eso llegará al unitivo, y no por resistir a la impura Kundría, y a Klingsor y sus hechizos. Ni esos triunfos carnales y negativos — vía purgativa — ni su hermosa simplicidad de niño, le valen para contemplar al Grial y libertar a los desdichados de Monsalvat. Es que no lleva más que una espada en su primera visita al castillo de las siete columnas. Y al volverse por los campos desolados y estériles, la Doncella que lloraba al pie de un árbol, le arroja estos reproches:

"¡Ah desgraciado Perceval! Desdichado y maldito, porque has estado en el castillo del Grial y no has terminado la sublime aventura!... Serás siempre, pues, simple como un niño?... Si en ese momento hubieses hecho los gestos que hacía falta, pronunciando las palabras que se esperaban, hubieses dado cumplimiento a la más alta proeza del mundo. E inmediatamente hubieses concluído todas las penas de Bretaña; el viejo Rey enfermo se habría levantado...; y las tierras del reino, conjuntamente con él, habrían vuelto a la vida. He aquí lo que has perdido, y yo lloro las alegrías que tú podrías darnos... Tienes valor, oh guerrero, pero te falta la sabiduría. Obras al azar; los acontecimientos, los encuentros fortuitos, te conducen y te extravían. Alguien te habla de ir, y tú vas; de golpear, y golpeas. Eres el juguete de las apariencias; tus ojos, acostumbrados a no mirar más que las cosas de la materia, no ven las del Espíritu. Ignoras el verdadero sentido del mundo; y tú mismo, ni siquiera sabes si eres bueno o malo. Oh héroe irreflexivo, tú alcanzarás un día ese bien supremo que acaba de frustrarse;

pero te será necesario poner antes a prueba otros méritos, que se adquieren en el sufrimiento y la meditación".

Así dice el manuscrito de Salisbury, y hasta confiesa que el guerrero, lejos de resistir al terreno amor, creía de su deber de gentilhomme el requebrar a las doncellas hermosas si se hallaban solas... Poco importa esta variante, como tampoco la que introduce Chrestien de Troyes, según la cual el héroe permaneció impasible ante el Grial, ante el misterio, porque su preceptor le había inculcado ser de mala educación el formular muchas preguntas. El héroe no poseía aún las dos espadas.

Cuando su penitencia y sus méritos fueron suficientes, le fué concedida la segunda, destinada para el mejor caballero del mundo en una maravillosa nave que hizo Salomón. El Sabio la aderezó con tanta inteligencia y amor como el Templo, con abundante riqueza de símbolos que arrancaban desde la creación del mundo y se perdían en la más gloriosa esperanza, más allá de la venida de la Virgen, en el Buen Caballero que fuese su paladín. El pomo de la nueva espada era una gema multicolor maravillosa. Como la túnica del Joseph primero, contenía en sus colores todos los dones y todos los frutos del Espíritu Santo.

Mas sabed que la primera espada, la temporal, estaba enclavada en una Piedra, que viajaba flotando sobre las aguas; y la segunda, la espiritual, descansaba en una Nave, quieta sobre las aguas. La Nave y la Piedra son el Antiguo y el Nuevo Testamento. Son el largo viaje, ya terminado; y la estabilidad de lo definitivo, que puede moverse sobre las aguas del mundo sin cambiar. Nuevo y Antiguo Testamento que fueron invertidos en su orden, que dieron cruzadamente sus espadas, como se cruzaron las manos de Jacob al bendecir a sus hijos. Y apareció otra vez una Doncella, que había de dar de su hermosura el tahalí de su espada preciosísima, lo que no pudo hacer Salomón. Y la Virgen lo dió de sus cabellos, y lo colgó del pecho del héroe, para que quedaran bien asidas a éste sus virtudes.

Y el Caballero, como lo previó el Profeta, dijo a la Doncella, de quien hablaron también los Profetas: "Oh mi amiga, por este sacrificio, quiero ser para siempre vuestro caballero!"

Desde que él Héroe poseyó todo, la gesta corre fluida hasta el fin, por una gradación de conquistas en la revelación y en el amor. Todos dicen de aquel: transiit benefaciendo.

Cuando, libertado el reino de Corbenic por las hazañas de la trilogía Galaad-Perceval-Bohort (según la versión de Gautier Map), se reúnen a ellos otros nueve caballeros que desde lejas tierras venían a honrar al Grial, éste se les descubre en su argentino altar, y "manifiesta una liturgia de indecible fulgor".

Descienden cuatro ángeles sosteniendo la silla de Joseph de Arimathea, todo revestido. Y dice el Obispo: "No os asombréis de verme aquí ante el Santo Grial: vivo, yo lo servía; espíritu, lo sirvo todavía". Desciende una procesión de ángeles, con cirios, con un velo de seda bermeja, con la Lanza cuyas divinas gotas caen en el Vaso. "Joseph pareció celebrar como una misa de ritos desconocidos". ¿Quién nos asegura que la liturgia de los Tronos, de las Dominaciones, de las Potestades, sea igual a la de este mundo? Pero la milicia celestial y triunfante está ante hombres, y para los ojos de éstos, la Hostia en la

elevación se deja ver como Niño, que se torna invisible al volver al Vaso. Por fin, Joseph hace sentar a los doce caballeros ante la mesa de plata, y desaparece. Del fondo del Grial, de esa prenda tan íntima de Jesús como lo fué la Cruz, "surge una imagen de dulce rostro sufriente, con manos y pies ensangrentados, que les dice: Mis caballeros, mis hijos leales; me habéis buscado tanto, que ya no puedo ocultarme más de vosotros, y he aquí que estáis sentados a mi mesa, en la que ningún hombre estuvo desde el día de la Cena; he aquí que el vaso de vuestro alimento es el Grial, aquel mismo en que Yo comí el cordero pascual con mis discípulos". Y les dió, en el Grial, su pan y su vino.

Cuando el príncipe de los doce, curó al Rey Pecador ungiéndolo con sangre de la Lanza, "las tierras del reino, al mismo tiempo que él, volvieron a la vida" y todo se llenó de gracia y hermosura. Tanto puede la unción del príncipe cristiano.

Y va el Héroe con los suyos, acatando la voz del Señor, "a recibir la revelación suprema" en otra ciudad más alta, a cuyo pie les aguardan nuevos combates y sufrimientos. "En lo más alto de la ciudad santa se elevaba un templo prodigioso, al que llamaban el Palacio Irreal. Ningún viviente habitaba esas altas torres, tan brillantes que parecían hechas de rayos de oro del sol; sólo los espíritus bienaventurados conversaban allí".

Llegó el Buen Caballero a ser Rey del Grial. Un desconocido lo señaló al pueblo, y se fué. ¡Un desconocido! ¿Quién lo es más que Dios? Galaad fué rey en el Reino de Dios, que es "sentarse en la sinagoga de los dioses". Ya consumado en amor, "cor flagrans" entre los justos, el desposorio de su alma con el Cordero se acercaba a la unión definitiva:

"Durante un año, día a día desde la coronación de Galaad, los tres caballeros, al llegar ante el arco, vieron una aparición. El bienaventurado Obispo Joseph estaba allí, rodeado de tan gran número de ángeles, que se hubiese dicho era Cristo en persona... Pero cuando llegó el momento más sagrado, el Obispo, volviéndose a Galaad, le dijo: "Buen caballero, ven, y conocerás al fin lo que tanto has deseado". Descubrió entonces el Grial, y Galaad se aproximó a él. Toda su carne mortal temblaba. Y en cuanto se hubo inclinado sobre el borde del Vaso divino, exclamó: "¡Oh esplendor! ¡Oh luz sobre el mundo! Todos los velos se desgarran; el secreto de la Vida universal aparece! Todas las penas, todos los sacrificios, están en esta hora justificados. Veo que es el más alto destino humano el esforzarse siempre hacia la vida según el Espíritu, hacia el verdadero Conocimiento! ¡He aquí la maravilla suprema: contemplar y comprender!"

... Brillaba en sus ojos una claridad que ya no era más humana. Dió a sus compañeros el beso de paz, murmuró "adiós", y volviéndose hacia el Grial, cayó de faz contra las losas. Y su alma entro en el Reposo".

Ingenuamente decía el buen Chrestien de Troyes: "Lis miliors contes — qui son contés en cour royal — ces son li contes du Graal".

Nosotros no hemos merecido todavía que nos los cuenten como se debe, ni que tengamos "cour royal" donde se escuchen esas maravillas.

J. H. Attwell de Veyga



En la República Argentina no se puede hablar mal de los muertos, porque la muerte da derechos.

La República Argentina es una de las repúblicas en que cuesta menos ser un gran repúblico.

En la República Argentina hay cines que tienen olor a soberanía del pueblo.

En la República Argentina se han escrito muy buenas crónicas sociales de historia argentina.

En la República Argentina la profesión más llamativa es la de gigoló. Es la que queda mejor dentro del criterio de viveza argentino.

En la República Argentina todos los platos nacionales tienen un lejano olor a momia.

En la República Argentina se puede decir la puta que los parió delante de mujeres, pero no se puede escribir la puta que los parió delante de los hombres.

En la República Argentina hay mucha gente que ocupa el lugar de la gente.

En la República Argentina está la Basílica de Luján, donde "las piedras claman".

En la República Argentina no hay tradición; hay mates de plata y otras antigüedades.

En la República Argentina cuesta más gastar un peso que ganar dos.

En la República Argentina hay gente que cree en la Iglesia Argentina.

En la República Argentina la sífilis da prestigio.

La República Argentina está llena de brutos sentimentales.

En la República Argentina las madres son una institución.

En la República Argentina los padres nunca han sido hijos.

En la República Argentina la gente no tiene memoria.

En la República Argentina se puede ser Uriburu; pero para ganarse libremente a toda la República no hay más remedio que ser Yrigoyen.

En la República Argentina muchas señoras y señores son columnas de la Iglesia.

En la República Argentina hay hombres que son mujeres muy superiores.

En la República Argentina no se puede discutir el valor literario de Martínez Zuviria sin provocar a todo el clero.

En la República Argentina los predicadores claman: "Señores, el catolicismo de nuestros padres...", pero nunca se les ha oído hablar del catolicismo de los Padres. Porque "nuestros padres" eran esos clérigos semi-hereses que todos conocemos y cuya historia no se puede escribir.

En la República Argentina el fraude es necesario.

En la República Argentina hay católicos militantes.

En la República Argentina entre prócer y prócer ha existido siempre una relación de prócer a prócer.

En la República Argentina hay salidas de misa.

En la República Argentina se puede cantar el Himno, pero está prohibido analizarlo.

En la República Argentina hay dos grandes enfermedades: la blenocracia y la demorragia.

(De la Guía Int. de Turismo. — Documentación de NÚMERO).